

AGENDA CHILENA DEL NOVECIENTOS

Es muy elástico el tema que se me propone, y, más que de mi memoria, dependería de su curiosidad —le dije al joven reportero—. ¿Usted me trae una encuesta sobre el Novecientos santiaguino? Cierta vez yo la arriesgué por mi cuenta, abarcando desde las costumbres hasta las ideas, y como me convenciera de que *si no se recuerda todo, en cambio nada se olvida*, paradójicamente hube de bautizar con el nombre “Recuer-

dos Olvidados” esa tentativa ímproba por rehacer algo desaparecido, sin solución de continuidad. “Porque, prescindiendo del almanaque —según suelen hacerlo las estaciones del año cuando se adelantan o retrasan—, sobrevino una mutación más total que parcial, no al iniciarse el nuevo siglo veinte, sino al dar la hora de un ciclo nuevo en el reloj del destino. Puede decirse que quienes tengamos un pie en el ochocientos y en el novecientos el otro, habremos vivido dos vidas contrapuestas y sufriremos la muerte dos veces. Yo, con todos los supervivientes de mi generación en Chile, venimos a ser los testigos oculares del paso de la humanidad, de un hemisferio del tiempo al otro. Y así en todo el orbe, cual si “nuestra era” no hubiera empezado el 1.º de enero de 1901, sino trece años después, con la guerra europea del 14.

“Ahora bien, el cuestionario que usted me somete es menos amplio que el que yo podría desarrollar, y, si no, juzgue usted mismo por la sugerencia de cada enunciado: La Tracción de Sangre; Los Postillones y las Conductoras; Las Tornamesas; Los Taqueros; Los Pregones Matitunos; los Vendedores Ecuéstres; El Santísimo; Versos Populares.

“¿Ha sentido despuntar usted esa alborada del gracioso, que era nuestro amanecer nacional? Pues, siga con los diarios, de “El Ferrocarril” a “El Chileno”, “La Ley” y “El Mercurio”, y con las revistas de entonces, en el puesto del “Cojo” Zamorano, esquina con el Portal: “Instantáneas”, “Pluma y Lápiz”, de 1900; “Zig-Zag”, de 1905, en Santiago, y de Valparaíso, “Sucesos”.

Vea antes de almuerzo, en Bandera, los notarios —no los rotarios—, los martilleros y los corredores de Bolsa —uno de ellos, don Juan Luis Sanfuentes—, y en San Antonio, la feria de ganado, de don Samuel Izquierdo. Dése luego, a mediodía, la consabida vuelta por el centro, para saludar de camino a doña Delia Matte, envuelta en pinjantes y calánticas, como una esfinge, y para admirar con el manto las bellezas del día: Elia Lemus, Ida Zañartu, Lucía Guzmán Duval. Almuerce, luego —cocina y vinos franceses—, en uno de los patios donde Gage, y la tertulia mundano-intelectual de Luis Orrego, de Tatín, de Perico Rivas —“Perdicán”—, de Montcalm, de A. de Géry, de Volney; ¡oh modestia y afrancesamiento de los seudónimos!, le hará creerse en París de Francia. Pague en oro, porque es a la sazón el circulante metálico, y porque un ágape con aperitivo y bajativo no excederá un escudito de 5 pesos. A primera hora de la tarde acuda donde Pinaud a probarse un traje de 75 pesos, de corte y casimir ingleses; a escoger un sombrero de 10 donde Cohé, del Pasaje Matte; a mandarse hacer un par de zapatos de 12 donde Vuletich, o a recoger la última novela, a 3 francos, con cubierta amarilla, donde Monsieur Dumas; Paul Bourget o Marcel Prévost. Y, a propósito, tampoco deje de la mano las librerías Miranda, Tórnero, Joao Nascimento y “La Joya Literaria”; ni las pastelerías Montero y Camino. Por la tarde vaya a pasearse a pie a la Quinta Normal: están abiertas la exposición de minería y la de pintura y escultura del Partenón; o alcance en coche al Parque Cousiño; se

cruzará con victorias, coupés de médico y con los primeros Ford, los "Fotinqués", y verá de paso el palacio de doña Isidora Goyenechea, en Dieciocho, y en la Alameda, la georgiana quinta Meiggs, o el alcázar morisco y con cúpulas doradas a fuego de Díaz Gana; o la Alhambra, de la calle Compañía, de don Claudio Vicuña, quien en el barrio Blanco del cementerio General tiene otra Alhambra en miniatura, menos acompañada. No le aconsejo seguir en carretela hasta Ñuñoa o Apoquindo, pues no estaría de vuelta para la comida. Llévase un veguero de donde Efraín Band y coma "galantemente" en el restaurante "Valparaíso", de la galería San Carlos, para quedar cerca de los teatros. ¿Escoge el Municipal? Siga por Monjitas; delante del palacio escocés Urmeneta, con sus torreones y sus hiedras y frente por frente de "nuestro primer coliseo" advertirá la Legación uruguaya, del decano del cuerpo diplomático, don José Arrieta, con sus medallones del Renacimiento. Si no es temporada de ópera, con la Tetrazzini y el maestro Campanini, estarán Onofroff, Frégoli o Clara della Guardia. En el, sucesivamente, Politeama, Olimpo o Santiago, tres denominaciones distintas y una sola sala no más, siempre reina Pepe Vila. Y si prefiere en verano un sitio fresco, tampoco está lejos el teatro en el cerro Santa Lucía, donde puede admirar a Burón, en "La Loca de la Casa", o a Astol, en "El Rey que Rabió". Más allá, del lado o al lado del Mapocho, queda el popular circo Cavallini, con Pina, su amazona, y Alejandro Seifer, el gran payaso, y con su inolvidable pantomima acuática. Pe-

ro, en Delicias arriba, está Frank Brown, más aristocrático. A la salida tiene usted cafés nocturnos y ciertos barrios descritos en "Juana Lucero", que ahora llaman "La Lucero", por un Augusto Thomson, que hoy se llama d'Halmar.

"En eso de los barrios habría mucha tela que cortar, siendo el de la Chimba, la Cañadilla, la Recoleta, Maestranza o la Pila del Ganso, tan distintos al de Yungay, por ejemplo. Si escogiéramos éste, con su plaza del Roto Chileno y del 20 de enero, alcanzaríamos a visitar la casaquinta de don Eusebio Lillo, donde vivió también don Aníbal Pinto, al dejar, por cierto que a pie, la Presidencia de la República; el taller-museo de Ernesto Molina, el pintor después envenenado, y divisaríamos a Paulino Alfonso, con entallada levita hasta los pies y sombrero mosquetero, y a don Luis Montt, director de la Biblioteca Nacional, tan ce-trino y jetudo como su hermano don Pedro.

"¿Cómo eran los caballeros de gracia en aquel tiempo? Todos con pelos en la cara, en chuletas "estilo padre de la patria", en perilla y bigote a lo Napoleón III, o con barba a lo Eduardo VII. ¿Y las damas? A las señoras las describiríamos menos sucintamente, con grandes sombreros y estrechas faldas "entravées", con sombrillas y abanicos, tratando de usted al esposo y llamándole por el apellido: "López dice"... "Cree Pérez"... Podríamos visitarlas, además, a la hora del té, es decir, a eso de las ocho o nueve de la noche, a través de amplios zaguanes y de patios con jazmines del Cabo, rododendros y diamelos; en salones con bou-

les y "vis-à-vis", con espejos y candelabros envueltos en gasa, y con relojes de cuco, cuyo pajarito había estropeado el niño; leeremos las dedicatorias en los retratos en álbum y los acrósticos en los álbumes de poesías; diremos melopeyas; bailaremos valeses y cuadri-llas, o jugaremos a las prendas o a la lotería cantada. Porque el novecientos, no lo olvide usted, es clase me-dia en sus gustos, y sus vicios mueven a risa, como las inocentes y pesadas bromas de una sociedad de miste-la y dulce de alcayota. Y no le digo de asistir a días de santo, boda o bautizo, ni le cuento mil y mil anéc-dotas venidas al caso, ni lo invito a un viaje a Valpa-raíso, con por lo menos una peculiar mercancía en ca-da estación del tránsito: agua fresca, "¡fresquita el agua!", en Batuco; quesillos y leche en cuencos de gre-da, en Tilttil; buffet, en Llay-Llay; dulces de La Li-gua, en La Calera; repolludos ramos de flores con adornos de papel calado, en Quillota. Para hacerlo, ne-cesarían contratarme colaboración durante años. En ella perduraría el aroma de la Colonia Atkinson, de los habanos y los ajerezados españoles. Y la imagen de las institutrices, de las "mamas", las sirvientas, los co-cheros del fundo, y qué sé yo qué más.

¿Qué me dice usted? ¿Que excedo el espacio dis-ponible para un mero preámbulo? Pero si no he ha-blado de los diez días corridos de fiestas patrias, con "Aquí está Silva", en el Parque, y aloja y dulces chi-lenos donde la Antonina Tapia. Ni de las Pascuas con claveles y albahaca, ponche en leche y pescado frito con ensalada. Ni de los fuegos artificiales y los abra-

zos del Año Nuevo. Ni de los retratos de Balmaceda en las cantinas, los huasos, los mineros, los bomberos, los granaderos y los “pacos”. ¡Si no he hecho sino desflorar y enumerar motivos para incontables variaciones! Figúrese qué de crónicas se necesitarían para explayarlos, mis motivos, una vez destapada la “Boite de Pandora”, de los “Recuérdos Olvidados”, cuyo título lo veo escrito en temblorosas y azuladas letras de luminarias de gas.